

VENEZUELA:

CRÓNICA DE SIETE DÉCADAS

Ramón Piñango

Revisar la historia del país desde 1940 —narrada como un cuento, centrada en los hechos fundamentales y, en la medida de lo posible, con un mínimo de interpretación—, ayuda a entender dónde estamos hoy y hacia dónde vamos. Tal es el propósito de este trabajo, prólogo de Uno (Otero Ediciones, 2013), antología de narraciones de José Balza.

UNO VIVE y entiende un pedazo de la historia de un país de la misma manera como lee y entiende los cuentos de José Balza. Casi nunca conoce su comienzo, del país ni de los cuentos, mucho menos su final. Se inserta en una historia comenzada y trata de intuir lo ocurrido. Cuando se presiente que el final está allí mismo, en unos meses más o unos párrafos más, al terminar el año —al pasar la página— se percata de que la trama se diluye en el comienzo de otro episodio del cual nada se sabe, pero se quiere saber.

Para entender el país que ha sido y puede ser es preciso otear mucho más allá de lo narrado por los historiadores, de las cifras y análisis de los especialistas. Cada persona ha visto aparecer y desaparecer personajes, pueblos, vecindarios, escenografías, costumbres, tradiciones, ideas, libros, objetos, trajes, modas, películas, artistas. Pero, sobre todo, ha presenciado cómo emergen y se esfuman maneras de percibir y explicar el país, y a

éstas como parte de él. Cuando cree entender lo que está ocurriendo, se atreve a anticipar el final del episodio que vive y lo que vendrá. Vana ilusión: delante de sus ojos se evaporará ese final para reaparecer trastocado en una nueva trama. La historia de un país nunca concluye.

En los cuarenta Venezuela trata de enderezarse, definitivamente

José Balza nació a finales de 1939 en Coporito, y creció en San Rafael de Manamo, minúscula aldea del Delta del Orinoco, lejos de todo. Venezuela era un país rural, de unos cuatro millones de habitantes. Caracas apenas superaba las 300 mil personas.

Balza nació en Coporito porque en 1910 allí llegó Rodrigo, su abuelo capitán. Rodrigo, el guerrero al lado de Joaquín Crespo, en La Mata Carmelera:

... los gritos y los disparos formaron un mismo sonido, espesado por el fragor de los jinetes contra la vege-

tación. Humo y alaridos. Chispas de los machetes, lanzas que chocan mientras otras, de madera, se parten o atraviesan un cuerpo. El Capitán avanzó rápidamente, temeroso de perder de vista al Presidente. Podía discernirlo en la penumbra, porque su vistoso traje salta, destacándose de la sombría masa ondulante... La sangre de un compañero lo salpicó. Tenía que detectar a los suyos en la tropa, tirar a muerte, balancearse como ocultándose en el aire abierto y tratar de proteger a la autoridad que marchaba paralelamente (*Rodrigo, el capitán*).

Guerrero también con Cipriano Castro, con Juan Vicente Gómez y con José Rafael Pocaterra, contra Gómez. De Escuque vino Rodrigo y terminó su vida en el Delta.

Balza nació en una Venezuela pobre, aldeana. Entonces el analfabetismo sobrepasaba el setenta por cien-

Ramón Piñango, profesor del IESA y director de *Debates IESA*.

to. Ya era clara la importancia que el petróleo tendría en la economía del país. Había que organizar al Estado. El mundo se sumergía en la Segunda Guerra Mundial.

Cuatro años antes había muerto Juan Vicente Gómez y el gomecismo todavía se hacía sentir, pero emergían nuevos actores y movimientos políticos. Muchos hablaban de elecciones populares, pero al presidente lo elegía el Congreso Nacional. Las nuevas élites políticas e intelectuales planteaban de modo imperativo las elecciones universales, directas y secretas como la meta más inmediata e importante.

Los viejos conflictos continuaban y se engarzaban con los nuevos anhelos de transformación social y política. Muchos presentían la necesidad de un amplio acuerdo alrededor de un candidato, para que el país no se destruyera en conflictos. Se acordó que fuera un destacado diplomático. El elegante y prestigioso caballero regresó al país para encarnar su papel político, pero en pocas semanas se hizo evidente que estaba mentalmente desquiciado.

En menos de dos meses un golpe de Estado cívico-militar le dio el poder a una Junta Revolucionaria de Gobierno. El partido político que gobernaba se hizo inmenso, omnipresente y poderoso. Dos años después de aquel golpe, un escritor fue electo presidente, por comicios universales, directos y secretos; incluso, votaron las mujeres y los analfabetos. Ese gobierno duró apenas unos meses; fue derrocado por un golpe de Estado. Una junta militar, presidida por un teniente coronel educado en el exterior, se instaló en el poder.

Del gobierno de aquel poderoso partido quedaron en la memoria las reformas políticas, los planes de transformación social, la búsqueda de una nueva relación con la industria petrolera trasnacional, los conflictos con la Iglesia y otros sectores sociales y militares dominantes, el radicalismo verbal y serias acusaciones de sectarismo político. A finales de 1950 fue asesinado el teniente coronel que presidía la Junta Militar. Dos años después, el también teniente coronel que en la práctica gobernaba —un civil aparentaba ser el presidente— fue designado presidente de la República.

De la década de los cuarenta se han ido borrando del recuerdo los esfuerzos para transformar el país. Algo más duradero ha sido el de los dos golpes de Estado y el magnicidio. Fue una

década de agitación e intriga política. Aparecieron y desaparecieron personajes públicos. Fueron tiempos de persecuciones, exilios, torturas y asesinatos, en medio de una economía que se consolidaba alrededor del petróleo. Nada de eso sabían quienes, como Balza, vivían su infancia. Apenas algunas sensaciones, prácticamente nada; a lo más, a algunos niños caraqueños les quedaron en la memoria las silenciosas noches de toque de queda y los misteriosos comentarios de los adultos: «el hombre» se tambalea, la «cosa» no está bien, «hay que tener cuidado con lo que se habla». Un niño de San Rafael de Manamo solo recuerda la voz alarmada de una maestra: «mataron a Delgado Chalbaud».

Un régimen militar obliga al país a modernizarse

En los años cincuenta Venezuela se jactaba de ser el segundo productor de petróleo del mundo, después de Estados Unidos. Los venezolanos se enteraron de que existía el Canal de Suez, cuyo cierre bendijo la economía nacional. Con tantos recursos, el país tenía que modernizarse como pudiera.

El gobierno militar, como expresión de lo que llamó «el Nuevo Ideal Nacional», construyó edificios, autopistas, carreteras, plazas, viaductos,

De los cuarenta y los cincuenta los venezolanos parecían haber aprendido que no bastaba con proclamar la democracia, había que cultivarla, y que era necesario y urgente propiciar el desarrollo social y económico

teleféricos, represas. (A San Rafael de Manamo le hicieron una carretera que separaba el caserío del Orinoco). Trajo la televisión. Hizo al pueblo desfilar y presenciar simulacros de ataques aéreos, y vivir intensamente la Semana de la Patria. La gente con iniciativa y contactos —lo que ahora se llama «capital social»— hacía dinero, y mientras más dinero tenía, más dinero hacía. Había paz e inmigración de europeos. Sobrevivían la pobreza y el analfabetismo, aunque disminuidos. El miedo y la persecución eran indispensables para sostener el régimen. Había presos y exiliados políticos bien conocidos. El descontento militar creció y, acicateado por la protesta civil, o aprovechándola, provocó la salida del dictador en 1958.

De los cuarenta y los cincuenta los venezolanos parecían haber aprendido que no bastaba con proclamar la de-

mocracia, había que cultivarla, y que era necesario y urgente propiciar el desarrollo social y económico. Se insistía en que era fundamental actuar unidos, compartiendo objetivos, lo que requería tolerancia y paciencia. ¿Habrían aprendido también que difícilmente, si acaso, se tiene todo el poder y todo el control, que no es fácil planificar la historia como un proyecto cualquiera?

De nuevo se intenta implantar la democracia, para siempre

Se abre una nueva experiencia democrática. Esta vez había que alcanzar el éxito definitivo. «Desarrollo» era la palabra mágica: desarrollo económico y social. Se movilizó a los sectores populares para apoyar la democracia. Se consideró clave expandir la educación para que la gente saliera de la pobreza, y aportarle un sólido basamento a la república que impidiera el regreso de las dictaduras. Fueron tiempos de expansión de los servicios de salud y la oferta de vivienda, de la reforma agraria para luchar contra el latifundio y que el campesino tuviera acceso a la propiedad de la tierra. Creció significativamente el número de universidades. Para no repetir el fracaso de los cuarenta y el dolor de los cincuenta, la transformación sería progresiva. Se tenía una profunda fe en las bondades de

la planificación para alcanzar los objetivos. Si era necesario, se compartiría el poder. La prepotencia sería fatal.

Pronto se produjo una escisión de la élite política. Había quienes divergían de los sectores dominantes en cuanto al diagnóstico y el pronóstico del país. Surgió la lucha armada revolucionaria contra el nuevo régimen, orientada por los ideales comunistas. La nueva revolución entendía que luchaba contra el formidable poder del imperialismo estadounidense. Para la gente de izquierda —jóvenes en su mayoría— la Unión Soviética era un ejemplo y Stalin un héroe. Muy cerca estaba la Revolución cubana, inspiradora por sus ideales y sus triunfos. Fidel Castro era un héroe admirado y venerado, no solo por los grupos revolucionarios criollos sino también por las autodenominadas élites progresistas: intelectuales, artistas, académicos.

Floreció el mito de Cuba: sus fabulosos sistemas de salud y educación. El paredón de fusilamiento fue aprobado por unas cuantas personas de las élites venezolanas; fue visto como una necesidad, como el precio que había que pagar para asegurar un cambio social y político profundo.

Y en este país hubo lucha armada, dos intentos de golpe de Estado, guerrillas, terrorismo urbano. La vida se abrió o se cerró para muchos, ¿por azar o simplemente por ser hijos de una época?

El soldado ve la hora; algo más de medianoche. Increíble que esté aquí; por imbécil, ya ni siquiera tiene edad para el servicio: es mayor. Pero lo reclutaron hace año y medio en El Guapo, y de allí al

luego la misma gente del gobierno lo llevó al mar, le pusieron pedazos de piedra atados a los pies, y lo arrojaron. No se imaginaron que unos pescadores lo encontrarían después y que todavía hoy se comenta esa historia (*La mujer de la roca*).

De fracaso en fracaso, el movimiento revolucionario fue perdiendo fuerza hasta disolverse. Se puso fin a aquel proyecto de cambio radical que ahora a sus protagonistas les luce irreal y romántico. Los revolucionarios de esa época se reincorporaron al sistema político y social reinante, algunos como militantes activos de partidos políticos de izquierda o no tan de izquierda, otros como exitosos profesionales, académicos, artistas, o

los planteles oficiales eran mejores que los colegios privados; para otros, todo lo contrario. En aquellos tiempos tal discusión tenía sentido: la calidad de la educación en todos esos planteles era similar. Con el tiempo la discusión desapareció por dos razones: se hizo obvia la mejor calidad de los planteles privados y, además, ya no coincidían en una misma reunión social personas que enviaran a sus hijos a uno u otro tipo de plantel. Se había creado un *apartheid* educativo. Las élites del país abandonaron el sistema público de educación para enclaustrarse en las instituciones privadas, supuestamente muy buenas. Los planteles públicos se dedicaron a la población de menos ingresos.

Los venezolanos tenían recursos y creían saber qué hacer

En la conciencia de muchos venezolanos se fue dibujando un país rico, estable, sin inflación, con pujante economía, donde dos partidos se alternaban en el poder, donde crecían las oportunidades para todos... de desigual manera, pero estaban convencidos de que las cargas se enderezarían en el camino. Se pedía paciencia: no más golpes, no más muertos.

De repente la fantasía secuestró el pensamiento de la gente influyente y salpicó buena parte del país. ¿Podía ser de otra manera cuando, inesperadamente, los ingresos petroleros se cuadruplicaron? Para los sectores medios se hizo fácil ir a estudiar en el exterior, conseguir un crédito, entre otras tantas cosas. Era inevitable la sensación de estar en el túnel de la felicidad: «si a mi vecino y a mi primo les tocó, a mí también me tocará». Se anunció el capitalismo de Estado como eje de una macropolítica de desarrollo. Venezuela: un país rico, sin conflictos, pacífico, país imán para la gente de los países traumatizados de América Latina, país refugio de exiliados, país donde no caben los extremismos.

El venezolano sentía a Caracas como lugar plenamente urbano, moderno, actual. Fue abandonando el pasado reciente. Ya no lo necesitaba:

Y de pronto quedé ajeno a mi antigua fascinación por el paseo del Calvario y no me interesó más la Plaza Bolívar. Lo mío pasó a ser el Parque del Este, preferí la agilidad de las torres en El Silencio. Me hundi en los cines, en bares de mujeres, en algún baño turco.

Peligrosamente, si el riesgo de ser víctimas de la violencia se agudiza —asesinatos, secuestros, vandalismo— y se presenta la disyuntiva de escoger entre la vida y el sistema político, ¿qué haremos los venezolanos? ¿Nos acercamos a una encrucijada?

cuartel de Los Teques y de éste al de San Juan de los Morros, fue una sola cosa. A los 18 años llegó al cuarto de bachillerato; sin saber cómo, perdió la libreta militar meses después de haberla obtenido en Maturín y precisamente en ese viaje a Caracas lo encuentran sin ella. Nada pudo alegar, nadie lo escuchó. Es verdad que lo han tratado bien en todos los sitios, y que no han tardado en reconocer sus estudios. Pero él hubiera querido otra cosa: Enfermería, por ejemplo, antes que el cuerpo de Cazadores (*Bella a las once*).

Murieron unos cuantos revolucionarios y no revolucionarios. Cuba apoyó una invasión. Fracasó. La represión fue dura. Hubo injusticias, que se justificaron como gajes de la guerra contra la insurrección armada.

... tú recuerdas, ¿no?, tú sabes lo que ocurrió hace tiempo en esas lomas. Allá, tal vez exactamente encima de la cresta que quieres llevar a tu casa, asesinaron una noche a aquel hombre. Su pecho y sus testículos fueron aplastados allí. Nadie hubiera podido notar su sangre junto a las manchas del terreno. Tal vez no murió en ese lugar, pero ahí lo desangraron. Y

como hombres comunes, buenos ciudadanos. El regreso al sistema establecido contó con el estímulo de quienes gobernaban. La beca para estudiar, o simplemente para salir del país por un tiempo, fue un mecanismo que resultó muy provechoso. La gente se alegró de que fuera así. No era raro que alguien tuviera familiares o amigos metidos en el lío revolucionario y quisiera verlos vivos, cerca. El petróleo también sirvió para pacificar el país. Quienes gobernaban insistieron en la realización de elecciones.

En esa época se profundizaron ciertas distorsiones que han marcado a la sociedad, y de las cuales poco se ha hablado hasta muy recientemente: la naturaleza rentista de la economía que sirvió para fortalecer al Estado pero no a la sociedad civil, la invasión de todos los ámbitos sociales por los partidos políticos y la segregación social en el sistema educativo.

En los años cincuenta no era de extrañar que en reuniones sociales de la clase media —un bautizo, un matrimonio, unos quince años— se discutiera intensamente sobre la calidad de la educación en los planteles oficiales (la Experimental Venezuela, los liceos Andrés Bello, Fermín Toro o Aplicación) en comparación con los planteles privados (San Ignacio, La Salle o Instituto Escuela). Para algunos,

Vi los líderes, los gobiernos turnándose... Esta tarde vengo del Museo ubicado dentro de estos edificios... Durante años acepté que mi vida giraría alrededor del viejo parque de caobos y de los antiguos museos: parecía como si un círculo me detuviera allí —con la cinemateca, los cafés; con cerzas, amigos artistas y locos— y nunca imaginé que en 1980, ese cuerpo vital cambiará: casi estoy reducido al gran Centro por donde ahora camino... (*Central*).

Al presidente que cerró los años setenta se le ocurrió designar dos ministros de Estado: uno para el desarrollo de la inteligencia, otro para la participación de la mujer en el desarrollo. El primero fue objeto de burlas: ¿qué es eso de pretender que niños pemones aprendan a tocar el violín? La mujer que ocupó el segundo cargo se propuso reformar el código civil; tenía un objetivo muy claro: lograr la igualdad de derechos de los hijos ilegales. En un país de hijos «naturales» muchos se escandalizaron... pero en privado. La ministra logró el apoyo político para la reforma.

Una devaluación repentina recorrió a la gente que era de carne y hueso, vulnerable. Debía mucho. Pero, aun así, seguía luchando para mantenerse a flote. Los especialistas reconocían que la pobreza existía y crecía, que el ingreso se concentraba en pocas manos. Eran cifras de foros, nada que alarmara, cosas de los países latinoamericanos. La educación era cada vez menos suficiente para salir de la pobreza. La inflación aumentaba.

El petróleo seguía siendo el eje de la economía, y el Estado el gran dueño y señor del petróleo. Había conciencia de ser un país rentista, que no ha trabajado su riqueza. Un grupo importante de las élites estaba convencido de que los recursos petroleros —ese «excremento del diablo» que según algunos no había servido para nada— y la aplicación correcta del conocimiento económico podría darle un viraje definitivo al país hacia tiempos irreversiblemente mejores. Una frase se repetía como el eco en foros y encuentros para hablar de los males del país y sus remedios: lo que falta es gerencia.

Se inauguró un nuevo gobierno con una grandiosa sinfonía de Mahler en el gran teatro del país y un concierto popular en el Nuevo Circo. A los pocos días estalló una conmoción

social, antes de que fueran aplicadas las recetas salvadoras. Caracas fue el eje de aquella protesta incomprensible para el liderazgo nacional. De allí en adelante lo que el nuevo gobierno hiciera estaría signado por aquellos días de saqueos y muerte. No sorprendió que el esfuerzo de cambio, basado en el reordenamiento de la economía de

La gente con más educación e ingresos, aunque no sea rica, gente de clase media hacia arriba, ¿tiene conciencia de que constituye una pequeña minoría del país y que, por lo tanto, tiene la responsabilidad de entender el punto de vista de quienes tienen menos?

acuerdo con las razones del capitalismo y con pleno respaldo de organismos internacionales, fuera debilitándose. El presidente que lo encabezó fue desplazado del poder por intrigas aún no bien precisadas, luego de sufrir dos intentos de golpe de Estado.

Todavía resuena el diagnóstico de entonces: no se reconocieron las necesidades de los estratos medios y bajos, les impusieron medidas duras (liberación de precios). Se hablaba de políticas que los tecnócratas, los políticos o ambos no se molestaron en explicar. Todavía resuena el contraargumento: «es que la gente no entiende, ni siquiera los empresarios entienden lo que les conviene».

Vino otro gobierno. Tuvo que enfrentar una crisis financiera, la contracción de la economía, más inflación, más pobreza, mayor desigualdad y una caída del precio del petróleo, más inoportuna que nunca. Llegó al gobierno gente que se presentaba como más prudente y menos tecnócrata, liderada por alguien de incuestionada honestidad. Sobrevivió. Pocos meses antes de concluir emergió la figura de un nuevo teniente coronel, fracasado líder golpista. Pocos lo vieron aparecer. Nadie logró detener su ascenso al poder por elección popular, directa y secreta.

¿Adónde llegó el país?

A otro gobierno militar autoritario

Durante casi catorce años se ha mantenido un gobierno militar, autoritario, demagógico... y duradero. Lo que la dirigencia política y otras élites tanto han aborrecido. Pero esta vez se añade algo más perverso y preocupante: ha contado con amplio apoyo popular que le ha permitido ganar varias elecciones y consultas. Además, ha actuado sin la restricción de la separación de poderes y con amplio control de

los medios de comunicación. Otra vez: venezolanos exiliados, inflación, cierre de empresas privadas, crecimiento del empleo informal, el país dividido.

El discurso habla de cambio radical revolucionario. Cuba es el país modelo; y Fidel Castro, el héroe y ductor del nuevo teniente coronel que gobierna. Revolución, Cuba, socialismo, Fi-

del, Marx, Bolívar y el teniente coronel forman un incomprensible amasijo de ideologías y personajes. El fraseo de las promesas es justiciero: defender a los pobres de los ricos, del imperialismo y sus atrocidades. Cualquier enemigo del imperialismo capitalista es amigo del régimen y potencial aliado, no importa cuán bárbaro sea como tirano, o inconveniente para las relaciones de Venezuela con el resto del mundo.

El temor a la violencia cotidiana

Los dos fragmentos del país dividido disienten en muchas cosas, pero en una hay cada vez mayor coincidencia: el problema más angustiante es la inseguridad, no poder vivir con tranquilidad. Impacta que se haya duplicado el número de homicidios en una década, e iguale o supere las cifras de muertos de países en guerra. Alarma que cada venezolano conozca a alguien —familiar, compañero de trabajo, amigo— víctima de un asalto, un secuestro o un asesinato. Salir a la calle es zambullirse en una incertidumbre en la cual cada vez más acosa la violencia.

Como está en juego la vida, fácilmente se corre el riesgo de sacrificar principios centrales como la libertad y la democracia. Peligrosamente, si el riesgo de ser víctimas de la violencia se agudiza —asesinatos, secuestros, vandalismo— y se presenta la disyuntiva de escoger entre la vida y el sistema político, ¿qué haremos los venezolanos? ¿Nos acercamos a una encrucijada?

La circunstancia actual avanza hacia una situación límite, de la que es difícil escapar, no solo por la creciente violencia, sino también por los atentados contra la libertad de expresión y la propiedad privada, sin que exista algún árbitro confiable a quien recurrir. Por eso las elecciones presidenciales de 2013 son vistas por muchos como la

«última oportunidad» de la democracia. En la evolución de las sociedades no hay nada definitivo; sin embargo, quienes hablan de «última oportunidad» quizá tienen como horizonte su vida.

**¿Cuál episodio se cierra?
¿Cuál se abre?**

Ya Venezuela no es un país pacífico. Se habla de la anarquía como diagnóstico, de la impaciencia y la agresividad que marcan el fugaz contacto interpersonal. Los venezolanos somos cotidianos testigos, perplejos e indignados, de cómo se cultiva el odio y la intolerancia desde lo más alto de un gobierno para el cual solo hay seguidores o enemigos, de acuerdo con la aplastante racionalización de una ideología totalitaria. Ya Venezuela no es un país amable. Causa dolorosa amargura saber de personas cercanas que optaron por probar suerte en otros países, en busca de una vida más segura.

Allí está su decisión: aunque las carreteras son peligrosas, siempre podrán conducirlo a un lugar extraviado. No sabe cómo dominar este sentimiento terrible. ¿Cuánto tardarán en aparecer seres distintos confiables? Debe huir por desesperanza, para siempre (*Dilución*).

¿Es este el final de un episodio de la historia venezolana o, más bien, el comienzo de uno nuevo? Si es uno nuevo, ¿que tendrá de novedoso? ¿Una presencia nunca vista de agresión y muerte, o, más bien, el progresivo reencuentro con lo mejor de todos?

¿A qué apostar? ¿Al desastre o a un futuro de razonable armonía? La pregunta no es retórica. Es la interrogante que importa, porque las sociedades humanas tienden a hacer realidad lo que se cree que va a pasar. Apostar al desastre es contribuir a que el desastre ocurra. Apostar a un país más vivible exige preguntar cómo hacerlo.

Cómo hacerlo no está claro. Abundan las propuestas, lo cual es bueno, pero los riesgos de equivocarse son muchos. Sean cuales fueren las opciones, hay trampas que evadir. Es indispensable, pero también perturbador, señalar esas trampas, porque han estado a la vista de todos, durante tantos años, y, sin embargo, una y otra vez el país ha caído en ellas, a veces con originalidad en la forma, a veces calcando en forma y fondo errores del pasado reciente. Que cada quien revise lo que ha visto, dicho o escuchado, las

voces cercanas de gente como uno y las lejanas de gente diferente de uno, con otras vivencias.

Hay asuntos que no han sido abordados con soltura y serenidad. Uno de ellos es el de las disparidades sociales, económicas y políticas entre sectores diferentes de la población. Ello incluye la inmensa disparidad de ingresos entre quienes más ganan

Muchas veces los logros son vistos como excepciones, como milagros, sin reconocer el trabajo sostenido y lleno de confianza de unos cuantos venezolanos que sí creyeron en nosotros

y quienes menos ganan; y, sobre todo, las desigualdades en las oportunidades para vivir mejor. Los especialistas señalan que esas disparidades han ido empeorando, pero cualquiera llega a la misma conclusión al observar lo que ocurre en su entorno.

Desde hace largo tiempo se ha predicado que la educación constituye el instrumento más eficaz para mejorar la calidad de vida: tener empleo, mayores ingresos, vivienda y acceso a mejores bienes y servicios. Esa promesa fue razonablemente creíble hasta hace unas tres décadas. Desde entonces ha ido haciéndose real una cruel ironía: una mayor cantidad de pobres tiene más años de educación, y mayores dificultades para mejorar sus condiciones de vida. Más aún, se constata algo peor: los pobres hacen un esfuerzo para educarse significativamente superior al de cualquiera con mayor ingreso, pero reciben peor educación. Una flagrante injusticia ha conformado una sociedad con una desigualdad cada vez más profunda.

La desigualdad se expresa con mayor dramatismo y crueldad en la inseguridad personal. La mayor parte de las víctimas de la violencia es la gente de menos ingresos. Los muertos los ponen los pobres. Desde hace largos años ha sido así, aunque no fuera tan evidente. La televisión se ha encargado de restregar en los ojos de la gente las escenas de violencia de las cárceles, la gente abaleada en las calles, las personas buscando sus familiares asesinados en las morgues. Apenas ahora comienzan los venezolanos a reaccionar.

Hay razones para pensar que la paz de la nación no será viable en medio de una profunda desigualdad social. Ninguna solución que implique una distribución dispar de sacrificios, será aceptada. La gente con más edu-

cación e ingresos, aunque no sea rica, gente de clase media hacia arriba, ¿tiene conciencia de que constituye una pequeña minoría del país y que, por lo tanto, tiene la responsabilidad de entender el punto de vista de quienes tienen menos?

Con frecuencia se señala que el país ha fallado en la formación de instituciones sólidas y confiables, que

rijan un país democrático: tribunales, asambleas, concejos, gremios, fuerza armada, iglesias, universidades... Eso explica buena parte de lo que se vive y alarma. Sin esas instituciones no habrá liderazgo que valga. El problema del país no ha sido, como tanto se repite, la falta de un liderazgo virtuoso por sus principios morales, como tampoco lo fue hace unos años la falta de buena gerencia. Las élites irresponsables, prepotentes y temerosas de la democracia han sido parte importante del problema. Vencer ese miedo e impartirle existencia plena a esas instituciones será el mayor reto. Si no es así, el país se diluirá en conflictos, en una inútil búsqueda de un nuevo liderazgo, de «mi líder de confianza».

No creer en la mayoría de la gente, despreciarla porque es ignorante, porque solo podrían llegar a algún lado siguiendo las instrucciones de quienes sí saben, conducirá irremediamente a regímenes autoritarios del signo que sea. Nadie puede liderar efectivamente a un grupo humano que desprecia.

De diversas maneras se expresa el desprecio por un pueblo. En los últimos años han ido ganando presencia pública viejos argumentos, maquillados como nuevos, de acuerdo con los cuales la fascinación por un líder autoritario, la creciente anomia, el desorden, la ineficiencia e improductividad de los venezolanos, son consecuencias de taras culturales de esta sociedad: facilismo, amiguismo, informalidad, indisciplina, irresponsabilidad, viveza criolla. Este conjunto de rasgos negativos condena al país a ser lo que es, cuya más perversa expresión es el régimen que tiene. A todos esos rasgos hay quienes añaden, como clave explicativa, el militarismo ancestral que marca la historia venezolana y forma parte esencial de una manera de ver el país y el gobierno que necesita.

Así se ha ido tejiendo una leyenda negra de los venezolanos como pueblo. Nadie parece percatarse de que tal manera de vernos conduce, más pronto que tarde, a un determinismo cultural e histórico de peligrosas implicaciones. ¿Cómo corregir una cultura equivocada profundamente enraizada en el pasado? ¿Mediante la educación? Dificilmente. El plazo necesario sería inmenso, tardaría varias generaciones y es hoy cuando está en riesgo la vida misma. Fácilmente, el determinismo culturalista puede alimentar a las almas autoritarias que buscan una respuesta rápida y eficaz ante el angustiante desorden actual. Ese determinismo exige, de manera explícita o implícita, un hombre nuevo para una nueva Venezuela. De este modo se llega al punto donde convergen los radicalismos de derecha e izquierda. Del necesario y anhelado «hombre nuevo» han hablado unas cuantas veces los voceros del régimen.

El desprecio por nosotros mismos ha tenido la muy grave consecuencia de no reconocer indudables logros. Innumerables veces nos hemos considerado incapaces de alcanzar algo importante, a tal punto que, cuando ocurre, quienes anunciaban el fracaso callan sin reconocer el error de sus augurios. Muchas veces los logros son vistos como excepciones, como milagros, sin reconocer el trabajo sostenido y lleno de confianza de unos cuantos venezolanos que sí creyeron en nosotros. Ahí están las orquestas de niños y jóvenes en las cuales unos cuantos opinadores no creyeron. No hay nada mágico ni milagroso tras esas orquestas, sino gente que creyó que sí se podía y supo trabajar con una tenacidad a toda prueba.

Siempre corremos el riesgo de no ver las equivocaciones

Quienes dirijan el país, sus organizaciones públicas o privadas, ¿llegarán a tener plena conciencia de que pueden equivocarse estruendosamente sin percatarse de ello? Sin plena libertad de

expresión será imposible combatir el monstruo de la prepotencia y la sordera que tantas veces ha devorado a los viejos y a los nuevos políticos, a los ilustrados, a los expertos y a los im-

Desde hace largo tiempo se ha predicado que la educación constituye el instrumento más eficaz para mejorar la calidad de vida... Esa promesa fue razonablemente creíble hasta hace unas tres décadas

provisados. Quien crea que ahora va a ser diferente porque, ahora sí, hay la voluntad de que así sea, porque conocemos lo que se ha hecho aquí y en el mundo, porque hemos aprendido, está condenado a hacer mal su trabajo. Una cosa es la voluntad y otros los resultados. El aprendizaje se muestra en los hechos, no en los deseos o los planes.

Es tiempo de actuar y correr riesgos. Cometeremos errores, eso no importa tanto si rápidamente los reconocemos y rectificamos. Demasiadas veces hemos fallado en la rectificación oportuna.

Uno, un solo caso debe bastar para alarmarnos

Si *Dilución* es la narración de José Balza que expresa nuestros peores temores en relación con el país, *Uno* es la reseña de un caso real que muestra el daño específico que la arbitrariedad de un régimen autoritario puede causarle a una persona que reclame sus derechos preservando su dignidad. Un caso, una persona. La persona entregó su vida. El régimen pensó: ¿qué importa una persona cuando se trata de avanzar una revolución? Una persona no hace estadística, ni siquiera altera los promedios cuando hablamos de un país entero.

Uno, sin embargo, constituye lo que no puede repetirse:

Ahora surge un gobernante elegido —también por él— que ofrece cumplir sus promesas de justicia al país. Cuanto fue abandonado o descuidado en las

décadas recientes se convierte en objetivo de novedad social. El país del petróleo estéril pasará a ser el de la igualdad y la riqueza útil. Marginales, etnias, obreros,

campesinos serán la nueva flor del mundo. Un vendaval de esperanza sacude a la sociedad.

Y el remoto agricultor se entusiasma al vislumbrar la posible recuperación de campos y pueblos olvidados (*Uno*).

A ese agricultor le quitaron sus tierras. Reclamó sus derechos hasta llegar a la muerte sin ser escuchado. No hacía mella en las cifras oficiales.

Un solo caso puede decirlo todo. Si hay uno, hay muchos. Un solo caso pone a prueba la dignidad de un gobierno y de un país.

Con demasiada frecuencia se han pasado por alto situaciones que son intolerables. Para soslayarlas se ha recurrido a la tonta argucia de tratarlas como algo que no hace bulto. Que no merece más que unos escasos días de escándalo. Y apagando escándalos se nos ha ido el país que hemos anhelado.

Con tanta eficacia se ha minimizado o evitado alborotos públicos, tapan delitos e injusticias, que nos hemos ido adaptando a lo que creíamos definitivamente inaceptable: la grosera presencia de otra nación en nuestro territorio. ¿Será la reacción a esta presencia el escándalo que nos redima? ■

Nota: este artículo es la versión editada del prólogo de *Uno*, antología de narraciones de José Balza (Otero Ediciones, 2013). El título original del prólogo es «El país de Balza».



ANÁLISIS DE LA COMPETENCIA MANUAL PARA COMPETIR CON ÉXITO EN LOS MERCADOS

CARLOS JIMÉNEZ



0212-555.42.63 / 44.60
edies@iesa.edu.ve

Las empresas exitosas son aquellas que, además de descifrar a sus consumidores o clientes, son capaces de aprender de la competencia. Dada la relevancia de la competencia en los negocios y su complejidad, resulta imperativo contar con las «mejores prácticas» de análisis de la competencia. Este libro ofrece precisamente esto, con una sencillez impecable, pero a la vez con profundidad y enfoque práctico.